

VÍCTOR VILLANUEVA, *Ejército peruano: del caudillaje anárquico al militarismo reformista*. Lima, Editorial Juan Mejía Baca, 1973, 439 pp.

Víctor Villanueva, periodista, sagaz observador del proceso de cambio que se da en la formación, el comportamiento y la mentalidad militar, nos ha proporcionado una perspectiva histórica del ascenso del ejército peruano al poder político y el papel definitorio que éste ha desempeñado en la vida política peruana hasta nuestros días. Esta obra constituye un valioso estudio de los militares peruanos porque profundiza en los antecedentes y formación de esta élite profesional.

El análisis de Villanueva tiene considerable importancia ya que poco se ha escrito sobre el fenómeno militar en una forma densa y coherente que escape a criterios sociológicos simplistas. Y va también más allá de un simple esbozo histórico. El análisis se centra en las instituciones castrenses, su estructura vertical, la rígida subordinación, de tipo compulsivo, de sus miembros, el "culto a la fuerza que profesan", "su mecánica rutina a toque de corneta", y los privilegios y prerrogativas personales e institucionales de que gozan. Más aún, este trabajo se destaca por ser resultado y ampliación de anteriores obras<sup>1</sup> que estudian "desde adentro" la compleja estructura militar peruana a través de la experiencia adquirida por el autor durante sus 27 años en el ejército.

Tal como lo advierte Villanueva, en el contexto político peruano no es posible estudiar la política sin hablar de los militares. No hay duda de que los militares siempre han tenido una fuerte influencia en la política peruana. De 1821, cuando el Perú obtuvo su independencia política de España, hasta 1968, el poder político ha estado en manos de 76 individuos, 50 de ellos militares, que gobernaron al país por 86 años. Más de la mitad del periodo 1900-1960 estuvo a cargo de tres dictadores, Leguía, Benavides y Odría; 174 oficiales han sido ministros de Estado, y entre 1914 y 1962 hubo no menos de 32 insurrecciones militares.

La identificación de los caudillos militares estuvo, desde un principio, ligada al poder político, encarnado en un sistema rígido, alejado de toda legitimación política que se identificaba y estaba al servicio de las clases económicamente dominantes. La rivalidad por el poder político, generalmente se determinaba por el uso directo de la fuerza y las manipulaciones del derecho constitucional y electoral.

Posteriormente, el inicio de la industrialización, la urbanización progresiva, el crecimiento y movilidad de las diversas capas sociales, perfilaban un sistema político que cada vez más favorecía en forma directa al capital foráneo. La acumulación de la deuda externa obligaba a los gobernantes a

<sup>1</sup> *El militarismo en el Perú* (1962), *Un año bajo el sable* (1963), *¿Nueva mentalidad militar en el Perú?* (1969), *100 años del ejército peruano. Frustraciones y cambios* (1972), *El CAEM y la revolución de la fuerza armada* (1972).

caer en el círculo vicioso de más financiamiento externo para salvar la situación fiscal. Afectado por el déficit de la balanza de pagos, el país acentuó su proceso de desarrollo dependiente.

Durante la segunda década del siglo xx surgen dos partidos políticos ideológicamente fuertes que dominaron la política popular reformista y revolucionaria. José Carlos Mareategui, fundador del PSP (Partido Socialista Peruano) que más tarde se convierte en el Partido Comunista Peruano y Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), propusieron cambios y trataron de articular drásticas transformaciones, no solamente para el Perú sino para toda "Indoamérica". El APRA se oponía al imperialismo, demandaba la unidad política de América Latina y pedía la nacionalización de la tierra y de la industria. El PSP proponía el derrocamiento del viejo orden político para reemplazarlo por un Estado socialista basado en principios marxistas e indigenistas.

Frente al conservadurismo y la reacción militar, el APRA se vio impedido de tomar el poder. A partir de esta época las intervenciones militares surgían como reacción al programa aprista y tenían como objetivo principal contrarrestar el desarrollo político alcanzado por los sectores populares organizados. Hasta comienzos de los años 60 se desató toda una campaña represiva en contra de apristas y activistas de izquierda. El APRA, buscando desalentar la persecución del partido por parte del ejército, entró en un periodo de coexistencia que trajo como resultado un marcado cambio en su orientación ideológica. El liderazgo dio su apoyo a los partidos civiles-oligárquicos que prometían un mejor tratamiento del APRA, a cambio de que el partido pudiera participar en las elecciones parlamentarias. De esta manera el APRA se despojó de sus vestiduras reformistas y optó por colocarse en un prudente centro-derecha, zigzagueando con una política populista de acomodo y con un programa bastante recortado. En forma similar, el PC influido por las políticas stalinistas adoptó una actitud conciliadora y reformista.

Consciente de los problemas críticos del subdesarrollo, de las pugnas políticas que culminaban en la escisión de todos los partidos políticos —excepto del APRA, que esperaba listo para intervenir en las próximas elecciones—, de la corrupción entre los círculos gobernantes y de los esporádicos levantamientos campesinos y guerrilleros, un sector de la élite militar, en su mayor parte de oficiales del ejército, reaccionó al hecho de que la arcaica estructura peruana requería algunos cambios para restaurar el deteriorado orden social y aliviar el descontento. Los militares pusieron en marcha una serie de reformas que han alterado la estructura del poder tradicional en el Perú.

Tal como lo dice Villanueva, el golpe de 1968 fue llevado a cabo por un equipo militar muy bien informado, que debía su considerable sofisticación y formación académica a un creciente profesionalismo, superior en muchos aspectos al de otras instituciones castrenses latinoamericanas. El autor deja

constancia de que fue en el CAEM (Centro de Altos Estudios Militares), donde por más de dos décadas las fuerzas armadas desarrollaron una mentalidad que más tarde "justificaría" su intervención directa en la conducción política del país. Bajo la presente coyuntura histórica, es obvio que la posición del ejército peruano ha variado drásticamente respecto a la de otros regímenes militares. A esta diferencia se atribuye el hecho de que hasta hoy es uno de los intentos más serios de modernización y de transformación del proceso político.

Las reformas que los militares han llevado a cabo han alterado la estructura tradicional del poder. El proceso de transición a una nueva modalidad de acumulación y la ejecución de una amplia serie de reformas estructurales han transformado el ordenamiento institucional de la economía peruana. A pesar de todo esto, Villanueva sostiene que parece improbable que las reformas afecten en forma importante la redistribución del ingreso y la distribución del poder en favor de las grandes mayorías. Los mecanismos de dominación interna persisten y a la larga es muy probable que se agudicen debido a que las reformas que se han implantado son cambios limitados que están dentro de parámetros clasistas. En esencia, dice Villanueva, se pretende una "incorporación segmentaria", ya que un proceso de reajuste, como es el caso peruano, desemboca en la exclusión de un amplio sector de la población, particularmente el sector indígena.

El intento reformista seguido hasta la fecha por los militares incluye la adopción de una política que multilateraliza la dependencia externa, a través de la renegociación de los términos de dependencia, en vez de romper con ella; el reemplazo de la asamblea legislativa y la reestructuración del sistema de gobierno con administradores más eficientes; la ejecución de un plan de desarrollo económico para modernizar e intentar industrializar el país dentro de un marco de una sociedad capitalista que requiere del fortalecimiento del Estado para ocupar la posición dominante en la regulación del curso que ha de tomar la economía, en la que se prevé la participación del capital privado extranjero; y, la introducción de nuevos métodos de control corporatista sobre los sectores populares para socavar sus organizaciones políticas y desintoxicarlas ideológicamente.

A pesar de la determinación anunciada por el régimen de alejarse firmemente de los principios capitalistas, creando un nuevo sector económico de "propiedad social", Villanueva sostiene que el reformismo peruano, en su deseo por asumir el control y modernizar el capitalismo, ha procurado suprimir los aspectos negativos del capitalismo sin destruirlo como tal (p. 393). Por último, a pesar de su carácter nacionalista, el gobierno peruano no ha tenido problemas con las agencias de préstamo internacionales ni con inversionistas extranjeros, que más bien han contemplado favorablemente el proceso peruano.

Queremos dejar en claro que el mérito fundamental de esta obra reside

en la enorme cantidad de material descriptivo que el autor ha podido recopilar. Asimismo, el estudio merece amplia divulgación porque se trata sin lugar a dudas de una investigación seria y completa del fenómeno militar peruano.

RUBÉN BERRIOS